

# La Canalla LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 12



# William Shakespeare

Drawn by W. Monberger

SUPLEMENTO ESPECIAL  
**hipócrita**lector

Engraved by J. C. Buttre



# Shakespeare traducido por los poetas de Succession

MARIO ALBERTO MEJÍA

**L**a traición es uno de los momentos estelares en la vida de las personas. He visto la traición de ida y vuelta. No podría ser de otra manera.

La obra de Shakespeare —la obra del poeta— está cruzada por la traición. Por eso sigue siendo vigente y universal. Succession está inspirada en él.

Durante semanas —meses, años— hemos venido siguiendo la saga de los Roy, cuyo patriarca, Logan, fue el gran maestro de la trama. Sus hijos son apenas unos aprendices de lo que el maestro oficiaba. Incluso el final —Shiv, la hermana traicionando a sus hermanos— es la cuota de una traición tímida, pero poco escrupulosa.

El traidor —el verdadero, no el novato— disfruta el momentum de la traición en diferido. Sabe que el engaño va primero.

Un engaño tan sutil como un guiño de ojo.

Los verdaderos traidores —y la política está llena de brutales ejemplos— no se regodean en la traición: la van administrando como una ampolleta de vitamina b-12.

Dos ejemplos clásicos:

El presidente Obregón manda matar a su amigo y hermano de armas —el mítico Francisco Serrano— y pide que le lleven el cuerpo destrozado al Castillo de Chapultepec. No exige para él una muerte sencilla. Ordena la peor

muerte de todas: la que va cubierta de horas de agonía.

Una vez ante el cadáver, Obregón se acerca al rostro macilento y suelta una frase cargada de falsa piedad: “Mira nomás cómo te dejaron, Pancho”.

Luego, según algunos historiadores, escupe otra frase: “A esta rebelión ya se la llevó la chingada”.

Segundo ejemplo:

El presidente Ruiz Cortines deja correr a uno de sus compadres más queridos —Gilberto Flores Muñoz— haciéndole creer que él será el “tapado”.

(Ruiz Cortines fue el creador de esa expresión que con el tiempo volvió a tener vigencia).

Una vez que destapa a su verdadero candidato —López Mateos—, llama a su compadre y le dice (muy Álvaro Obregón con Pancho): “Perdimos, ‘Pollo’, perdimos”.

(Años después, el célebre “Pollo” habría de morir a machetazos junto con su mujer a manos de su propio nieto).

Hace poco hablaba con un amigo sobre el tema de la traición en la política en el contexto de una serie de aberraciones que ambos hemos visto en distintos momentos en este país.

No sé por qué —ahora lo entiendo— dije lo siguiente: “La traición puede ser maravillosa. Es la obra cumbre de la política mexicana”.

Es un lugar común decir que el verbo más usado por los políticos mexicanos es “madrugar”.

Estoy convencido —he visto decenas de casos— de que el verbo “traicionar” está por delante de todos.





La traición de Shiv es la culminación de una serie de traiciones en la historia de la familia Roy. Los hijos, cada uno en su momento, traicionan a Logan, su padre, quien a su vez los traiciona a ellos.

Succession es la obra de un grupo de poetas tratando de explicarse la naturaleza de la traición: Adam McKay y Will Ferrell (productores), Jesse Armstrong (autor) y Brian Cox (el gran Logan Roy). La brutal música de piano de Nicholas Britell es la consumación de esta gran trama.

Los guionistas y los directores tuvieron el talento de no traicionarse a lo largo de las cuatro temporadas de la serie de HBO. Y esos poetas encontraron su inspiración en Shakespeare. No el dramaturgo. El poeta.

Carlos Chimal, en una maravillosa columna publicada en Hipócrita Lector, cierra el ostión:

“(Martin) Amis dijo alguna vez en un diálogo con la revista Esquire que la poesía estaba por encima de la prosa; por ello pensaba que no podía ser más que una broma de orden cósmico el que Shakespeare, un poeta que se ganaba la vida como empresario y actor en la farándula, haya sido inmortalizado como dramaturgo”.

Sólo un poeta puede escribir de la traición como lo hizo Shakespeare. Solo los auténticos traidores (y vaya que abundan) saben cómo se macera y se cocina.

“La venganza es un plato que se sirve frío”, es una expresión atribuida a Pierre Choderlos de Laclos, autor de Las Amistades Peligrosas. Cierto. Pero para que haya venganza debe haber engaño primero.

La traición es el momento cumbre de esa trama. No en balde, Lukas Matsson dice en un momento delirante frente al pobre Tom, uno de los grandes traidores de la saga: “No quiero a la embarazada. Quiero al que la embarazó”.



# La vida entre sombras del gran dramaturgo

CLAUDIA CARRILLO MAYÉN

**U**n gran misterio envuelve la vida del escritor William Shakespeare, desde el momento mismo de su nacimiento, puesto que no existen registros sobre la fecha exacta en que llegó a este mundo. Suele fijarse el 23 de abril de 1564 como su natalicio, pero más por la conveniencia de hacerla coincidir con la fecha de su muerte —ocurrida, según la tradición, exactamente 52 años después— que por pruebas concretas.

El único documento fehaciente es el acta de su bautismo, fechado el 26 de abril de aquel año, en Stratford-upon-Avon, una modesta localidad del condado de Warwickshire, al centro de Inglaterra. En la época, los bautismos solían celebrarse pocos días después del nacimiento, de modo que la conjetura del 23 de abril resulta plausible, aunque no verificable. Así comienza la historia del hombre que escribiría, sin saberlo, los cimientos de la lengua inglesa moderna y la dramaturgia occidental: en la ambigüedad, en la bruma de los documentos incompletos, en la intersección entre la historia y el mito.

Hijo de John Shakespeare, comerciante de pieles, guantes y otros productos de cuero —quien por momentos gozó de cierta prosperidad económica, al grado de ocupar cargos municipales en Stratford—, y de Mary Arden, descendiente de una familia terrateniente de origen noble, William creció en un hogar de clase media rural, en un entorno que combinaba aspiraciones burguesas, tradición agraria y cierta movilidad social.

Era el tercero de ocho hijos, aunque no todos sobrevivieron a la infancia. Su niñez transcurrió en medio de las tensiones políticas y religiosas de una Inglaterra que vivía bajo el reinado de Isabel I, en pleno renacimiento cultural, pero todavía marcada por las secuelas de la Reforma y la amenaza católica. El joven Shakespeare absorbió desde temprano una realidad compleja, contradictoria, atravesada por los rezagos medievales y los albores del pensamiento moderno.





## La forja del genio

Se presume que asistió a la escuela primaria local, la King's New School, donde recibió una formación basada en el trivium humanista: gramática, retórica y lógica, con énfasis en el latín y en los clásicos romanos como Ovidio, Séneca, Virgilio y Horacio.

Esta formación, aunque limitada en alcance y profundidad en comparación con una educación universitaria, le permitió forjar una sensibilidad literaria nutrida de estructuras retóricas, mitologías antiguas y modelos dramáticos que más tarde asomarían —transformados— en sus obras.

No hay constancia de estudios superiores: nunca asistió a Oxford ni a Cambridge, lo cual, siglos más tarde, daría pie a la teoría de que Shakespeare no escribió sus propias obras. Sin embargo, resulta difícil creer que un autor impostor —por muy letrado que fuera— lograra fingir con tanto éxito la textura oral, popular, vital que atraviesa la dramaturgia shakesperiana. Más que erudito de biblioteca, Shakespeare parece haber sido un autodidacta con oído fino, memoria aguda y un talento natural para el lenguaje.

## Un matrimonio apresurado. Y Hamnet, la pérdida que marcó a Shakespeare

A los 18 años, William se casó con Anne Hathaway, una mujer ocho años mayor, originaria de Shottery, una aldea vecina. El acta de matrimonio data del 27 de noviembre de 1582 y, para entonces, Anne ya estaba embarazada. Seis meses después nació su primera hija, Susanna, y en 1585, los mellizos Hamnet y Judith. La boda, apresurada y fuera de lo convencional, ha generado todo tipo de conjeturas: se ha dicho que fue un matrimonio obligado, producto de una pasión irreflexiva o de una necesidad social; se ha especulado también sobre el verdadero vínculo afectivo entre ambos, alimentando interpretaciones románticas, cínicas o intermedias.

Lo cierto es que poco después del nacimiento de sus hijos, Shakespeare dejó Stratford para buscar fortuna en Londres, dejando atrás a su esposa e hijas. La distancia, tanto física como simbólica, entre el dramaturgo y su familia ha sido interpretada de muchas maneras: como ruptura emocional, como sacrificio profesional, como expresión de una doble vida.

No existen cartas personales que esclarezcan sus sentimientos, ni diarios íntimos que documenten su tránsito interior. Lo que queda son los rastros indirectos: un testamento en el que deja a Anne “su segunda mejor cama” —objeto cuya simbología ha sido objeto de debates inacabables—, y una serie de obras que, aunque no autobiográficas, sugieren una sensibilidad familiar marcada por la pérdida, el duelo y la distancia.

El dato más doloroso es la muerte de Hamnet en 1596, a los once años, víctima de causas desconocidas. El único hijo varón de Shakespeare no dejó apenas rastro documental, pero su ausencia parece resonar en obras escritas después de esa fecha. *Hamlet*, publicada en torno a 1600, contiene no sólo la proximidad fonética del nombre, sino una meditación profunda sobre la muerte, la identidad y la imposibilidad de regresar al pasado. También en *Rey Lear*, *Macbeth* y *La tempestad* aparecen ecos de duelo, fragmentación familiar y pérdidas irreparables que algunos críticos han asociado con ese evento.

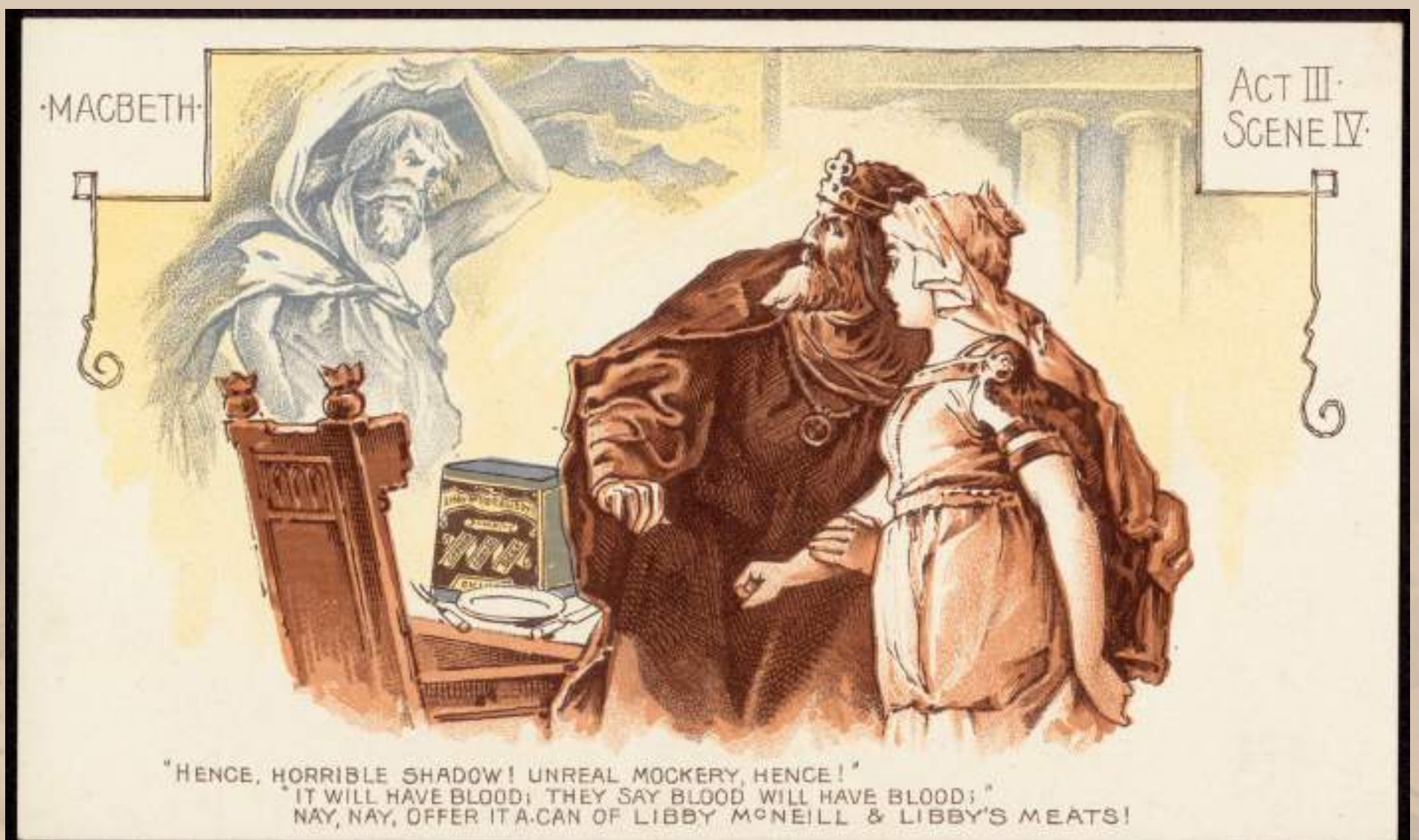


## El poeta de los teatros

Los años que preceden al reconocimiento de Shakespeare en Londres son conocidos como “los años perdidos”. Entre 1585 y 1592 no se tienen noticias documentadas de su vida. Se ha dicho que trabajó como maestro rural, que se unió a una compañía teatral itinerante, que fue soldado o incluso cazador furtivo. Lo cierto es que, en 1592, el dramaturgo Robert Greene lo menciona con desdén en un panfleto titulado *A Groatworth of Wit*, calificándolo de “cuervo advenedizo” que se apropiaba de los recursos literarios de los universitarios. Este insulto —aunque hiriente— revela que Shakespeare ya era una figura notoria en los círculos teatrales de Londres, tanto como para despertar la envidia de sus colegas.

A partir de entonces, su carrera fue fulgurante. Se asoció con la compañía teatral Lord Chamberlain's Men —rebautizada The King's Men tras el ascenso de Jacobo I— y se convirtió en accionista del Globe Theatre, un recinto que marcaría la historia del teatro inglés. Fue actor, empresario, dramaturgo y poeta. Sus comedias (como *Sueño de una noche de verano*, *Mucho ruido y pocas nueces* o *Como gustéis*) exploraron el deseo, la identidad y la ilusión con una ligereza solo aparente; sus tragedias (*Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth*, *Rey Lear*) alcanzaron una densidad filosófica pocas veces igualada; sus dramas históricos ofrecieron un espejo del poder y sus miserias, desde *Ricardo III* hasta *Enrique V*; y sus obras tardías, como *Cimbelino*, *Cuento de invierno* o *La tempestad*, ensayaron un lenguaje alegórico, casi mágico, cargado de redención.

Lo que distingue su obra no es sólo su maestría verbal, ni la hondura de sus personajes, sino la amplitud de su mirada. Shakespeare escribió con igual compasión para reyes y mendigos, para bufones y asesinos. No se propuso moralizar, sino mostrar. Tampoco se subordinó a los cánones del decoro clásico: mezcló prosa y verso, alta tragedia y vulgaridad escénica, filosofía y chistes escatológicos. Su teatro es una amalgama que rehúye el dogma, y quizá por eso sobrevive.



## Del escenario a la pantalla

La influencia de William Shakespeare no se detuvo en los escenarios isabelinos: su obra ha sido fuente inagotable para el cine, desde adaptaciones fieles hasta interpretaciones audaces en contextos modernos.

Hamlet ha sido llevada al cine en versiones clásicas como la de Laurence Olivier (1948) y en propuestas más recientes como la de Kenneth Branagh (1996).

Romeo y Julieta ha inspirado películas como la versión de Franco Zeffirelli (1968) o la moderna “Romeo + Juliet” de Baz Luhrmann (1996), con Leonardo DiCaprio.

Macbeth ha tenido versiones notables, como la dirigida por Roman Polanski (1971) y “The Tragedy of Macbeth” (2021) con Denzel Washington.

Otras adaptaciones creativas incluyen 10 cosas que odio de ti (basada en La fierecilla domada) y El rey león, cuya estructura narrativa guarda paralelismos con Hamlet.

Shakespeare en el cine no es solo una adaptación, sino una traducción viva entre lenguajes que demuestra la vigencia universal de sus historias.





# Shakespeare en frases eternas

“No hay noche, por larga que sea, que no encuentre el día.”  
— MACBETH

“El amor es humo hecho con el vapor de los suspiros.”  
— ROMEO Y JULIETA

“La corona lleva una carga invisible que solo el portador comprende.”  
— ENRIQUE IV

“Los cobardes mueren muchas veces antes de su verdadera muerte; los valientes prueban la muerte solo una vez.”  
— JULIO CÉSAR

“Estamos hechos de la misma materia que los sueños.”  
— LA TEMPESTAD

“Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que haya verdad, mas no dudes de mi amor.”  
— HAMLET

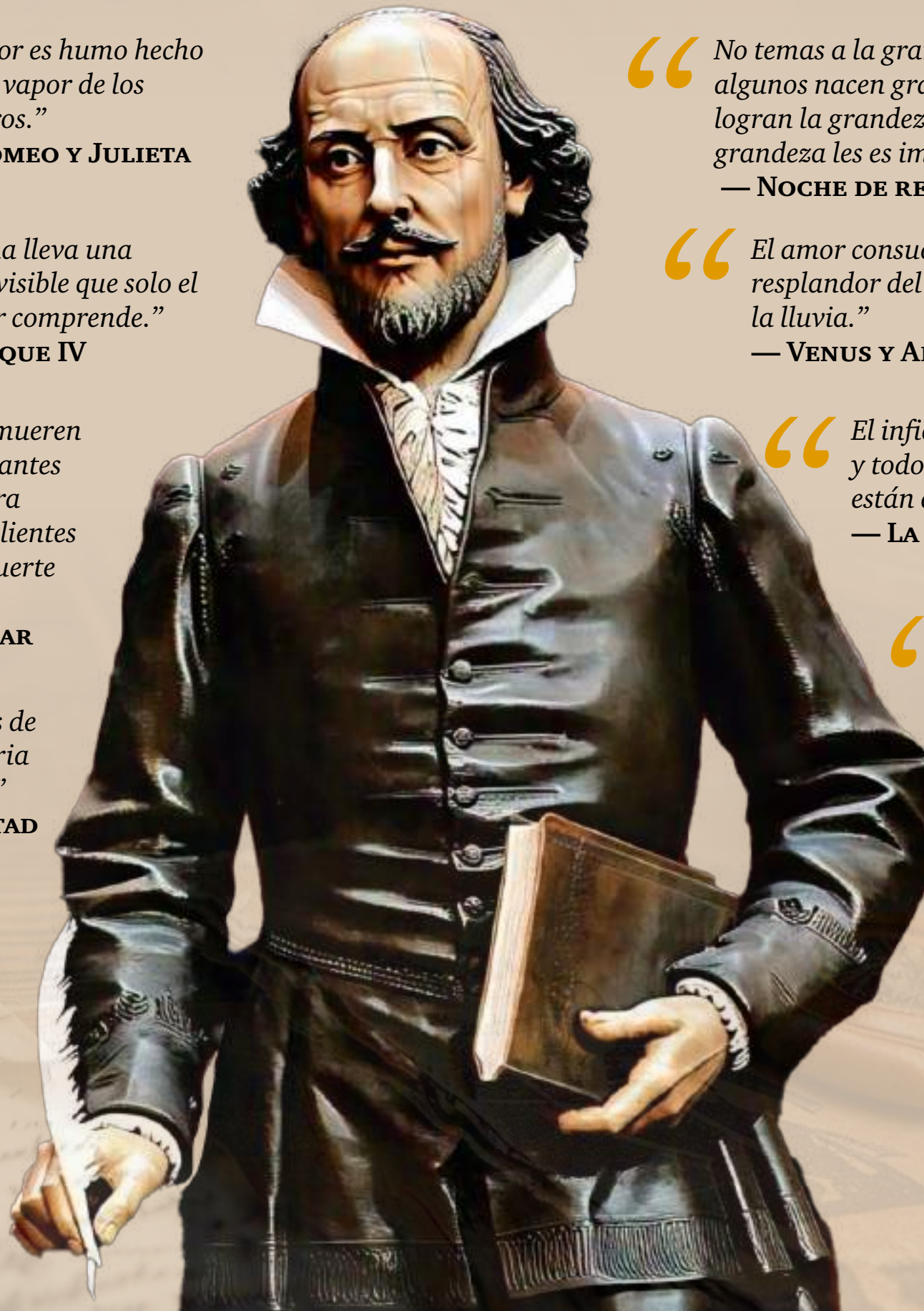
“El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.”  
— OTELO

“No temas a la grandeza: algunos nacen grandes, otros logran la grandeza y a otros la grandeza les es impuesta.”  
— NOCHE DE REYES

“El amor consuela como el resplandor del sol después de la lluvia.”  
— VENUS Y ADONIS

“El infierno está vacío y todos los demonios están aquí.”  
— LA TEMPESTAD

“Llorar por lo que se ha perdido es el modo más seguro de perder lo que queda.”  
— OTELO





## La última escena de Shakespeare

Murió en 1616, en su natal Stratford, a los 52 años. El acta de defunción está fechada el 23 de abril, aunque algunos estudiosos argumentan que en realidad falleció el 3 de mayo, y que la coincidencia con la fecha de su supuesto nacimiento responde más al deseo de cerrar simbólicamente su biografía.

Fue enterrado en la iglesia de la Santísima Trinidad, donde aún puede leerse la inscripción que se atribuye a su autoría: “Buen amigo, por Jesús, abstente / de cavar el polvo aquí encerrado. / Bendito el hombre que respete estas piedras, / y maldito el que remueva mis huesos”. La advertencia, escrita en un tono entre irónico y supersticioso, parece otra de las máscaras de su autor: un epitafio que mezcla la gravedad del rito con el guiño teatral.

Desde entonces, su figura no ha dejado de crecer. Ha sido traducido, adaptado, filmado y reinterpretado. Se han cuestionado su autoría, su identidad, su biografía. Algunos sostienen que fue apenas un prestanombres; otros, que sus obras fueron dictadas por un círculo secreto de

intelectuales. Ninguna teoría ha logrado borrar el hecho fundamental: las obras existen. Respiran. Se siguen representando. Shakespeare, lejos de disolverse en la niebla de los siglos, ha devenido en algo más que un autor: en un lenguaje, en un canon, en un espejo.

Quizá lo más extraordinario es que nunca pretendió serlo. No escribió para manuales escolares, ni para filósofos, ni para antologías. Escribió para sobrevivir, para pagar deudas, para llenar teatros. Pero en ese gesto humilde, práctico, urgente, alcanzó lo impensable: nombrar la condición humana en todas sus variantes. Cada frase suya, cada monólogo, cada silencio, parece haber salido no de una mente superior, sino de una sensibilidad tan profundamente humana que aún nos interpela. Shakespeare no es una estatua. Es una voz que sigue hablando.

Y tal vez por eso, cuando cae el telón, cuando se apaga la escena, cuando la última palabra ha sido dicha, la frase que mejor lo resume sigue siendo esa con la que Hamlet se despide del mundo:

**“El resto es silencio.”**

# Everything and nothing

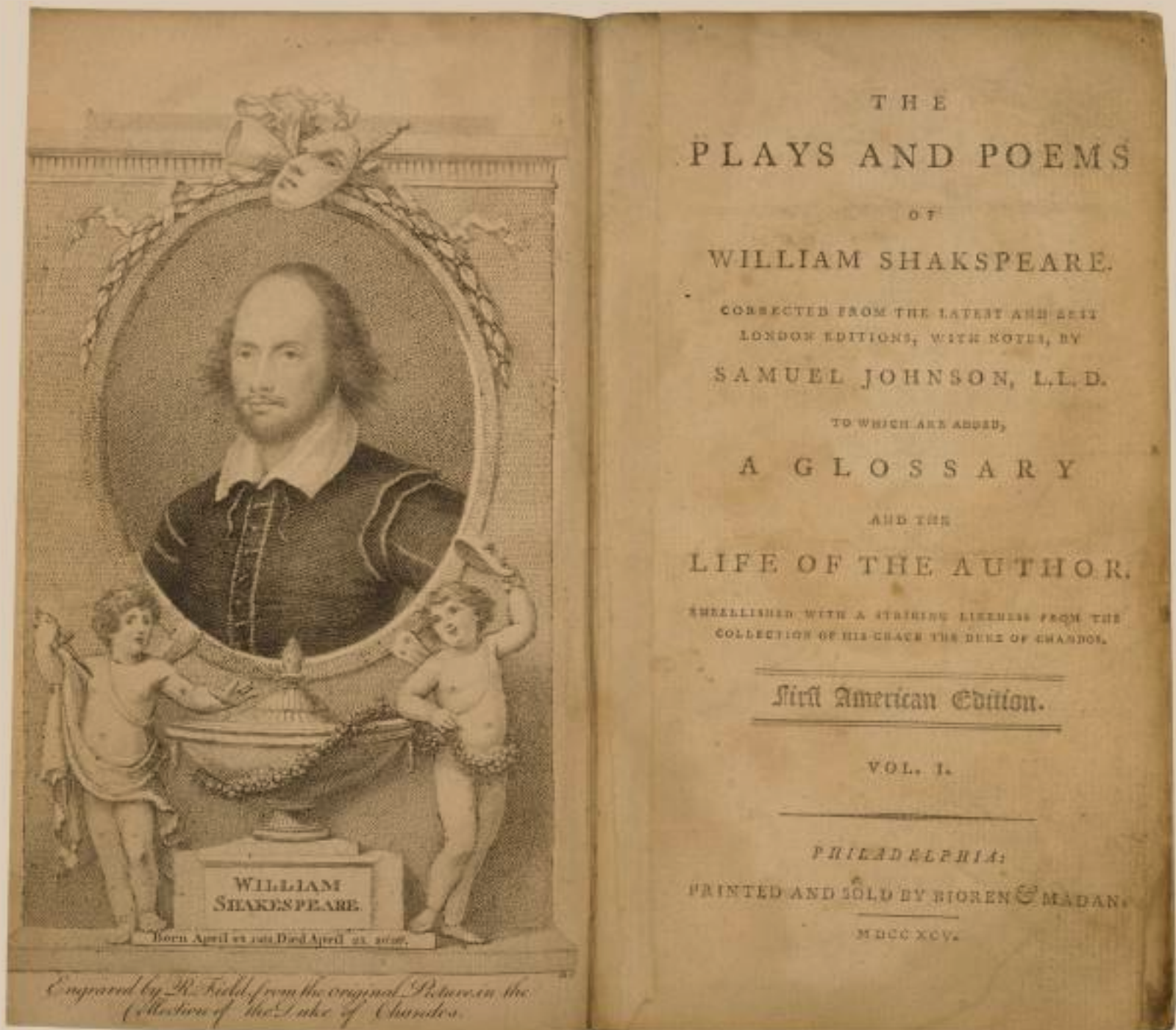
JORGE LUIS BORGES

**N**adie hubo en él; detrás de su rostro (que aun a través de las malas pinturas de la época no se parece a ningún otro) y de sus palabras, que eran copiosas, fantásticas y agitadas, no había más que un poco de frío, un sueño no soñado por alguien. Al principio creyó que todas las personas eran como él, pero la extrañeza de un compañero con el que había empezado a comentar esa vacuidad, le reveló su error y le dejó sentir, para siempre, que un individuo no debe diferir de la especie.

Alguna vez pensó que en los libros hallaría remedio para su mal y así aprendió el poco latín y menos griego de que hablaría un contemporáneo; después consideró que en el ejercicio de un rito elemental de la humanidad bien podría estar lo que buscaba y se dejó iniciar por Anne Hathaway, durante una larga siesta de junio. A los veintitantos años fue a Londres. Instintivamente, ya se había adiestrado en el hábito de simular que era alguien, para que no se descubriera

su condición de nadie; en Londres encontró la profesión a la que estaba predestinado, la del actor, que en un escenario, juega a ser otro, ante un concurso de personas que juegan a tomarlo por aquel otro. Las tareas histriónicas le enseñaron una felicidad singular, acaso la primera que conoció; pero aclamado el último verso y retirado de la escena el último muerto, el odiado sabor de la irrealidad recaía sobre él. Dejaba de ser Ferrex o Tamerlán y volvía a ser nadie. Acosado, dio en imaginar a otros héroes y otras fábulas trágicas. Así, mientras el cuerpo cumplía su destino de cuerpo, en lupanares y tabernas de Londres, el alma que lo habitaba era César, que desoye la admonición del augur, y Julieta, que aborrece a la alondra, y Macbeth, que conversa en el páramo con las brujas que también son las parcas. Nadie fue tantos hombres como aquel hombre, que a semejanza del egipcio Proteo pudo agotar todas las apariencias del ser. A veces, dejó en algún recodo de la obra una confesión, seguro de que no la descifrarían; Ricardo afirma que en su sola persona, hace el papel de muchos, y Yago dice con curiosas palabras “no soy lo que soy”. La identidad fundamental de existir, soñar y representar le inspiró pasajes famosos.





Veinte años persistió en esa alucinación dirigida, pero una mañana lo sobrecogieron el hastío y el horror de ser tantos reyes que mueren por la espada y tantos desdichados amantes que convergen, divergen y melodiosamente agonizan.

Aquel mismo día resolvió la venta de su teatro. Antes de una semana había regresado al pueblo natal, donde recuperó los árboles y el río de la niñez y no los vinculó a aquellos otros que había celebrado su musa, ilustres de alusión mitológica y de voces latinas. Tenía que ser alguien; fue un empresario retirado que ha hecho fortuna y a quien le interesan los préstamos, los litigios y la pequeña usura. En

ese carácter dictó el árido testamento que conocemos, del que deliberadamente excluyó todo rasgo patético o literario. Solían visitar su retiro amigos de Londres, y él retomaba para ellos el papel de poeta.

La historia agrega que, antes o después de morir, se supo frente a Dios y le dijo:

“Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo”. La voz de Dios le contestó desde un torbellino: “Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estabas tú, que como yo eres muchos y nadie”.